

¿Economía de transición?

Nadie dice querer un mundo injusto y un planeta agotado y, sin embargo, hoy el mundo es más injusto que nunca y el planeta envía constantes señales de alarma. ¿Qué impide que el ser humano alcance lo que dice desear y por el contrario se acerque a su contrario? Sin ánimo exhaustivo, este artículo destaca algunos de los principales obstáculos en el camino al norte soñado: la propia naturaleza humana, el miedo a un mañana que solo imagina mejor si hay crecimiento, la elección del coste mínimo en productos cuyo coste ignora, etc. Obstáculos cuya superación exige una gobernanza global proporcionada a unos retos igualmente globales.

La evidente insostenibilidad del sistema socioeconómico actual, tanto por lo que respecta al colosal consumo de recursos naturales, muchos de ellos próximos a su agotamiento, como por los abismales desequilibrios sociales, con una mínima fracción de la población acaparando la mayor parte de la renta y la riqueza, se diría que exige una obligada transición para evitar el colapso. Sin embargo, la historia de la humanidad bien podría decirse que es el relato de sus colapsos sucesivos y bien pudiera ser, por tanto, que no evitemos el próximo, presuntamente más grave que los anteriores. La idea smithiana de las decisiones sociales eficientes no es más que optimismo injustificado, pero el temor a la desaparición de la especie un pesimismo igualmente injustificado. ¡Ni una guerra nuclear acabaría con ella! Tal vez ni siquiera acabaría con un porcentaje superior al que supusieron las epidemias y hambrunas pretéritas.

Ello no quita que valga la pena el esfuerzo de intentar evitar el colapso. Al fin y al cabo somos hijos de quienes evitaron los previos y acaso esté de nuestra mano llegar a la categoría de ancestros. Porque el otro extremo, evitar el de la humanidad toda, está más allá de nuestras posibilidades. Cada día hay gente que muere antes de que lo haga su reloj biológico. Cada día colapsa una parte del sistema. Bien está, sin embargo, desear que sea mínima y que sea la última. A fin de cuentas, sobre el papel es posible.

Jordi Angusto es economista. Ex profesor de Teoría Económica en la UAB y ex directivo de empresas de promoción tecnológica

La sostenibilidad física lo sería bien fácilmente: bastaría con reponer los *inputs* que nuestra producción requiere. Actualmente apenas aprovechamos una mínima fracción de la energía solar que recibe el planeta, y en cambio derrochamos los depósitos de materia que fosilizó previamente. Bastaría, pues, con aprovechar mejor su flujo, inagotable a escala humana. Y por lo que hace a minerales y metales, perennes por naturaleza y sin embargo incorporados en cachivaches caducos, bastaría con su reutilización y reciclaje para gozar de su perennidad intrínseca, y con el desarrollo de nuevos materiales de origen vegetal para satisfacer el mayor consumo medio de una población creciente.

Caminar hacia una producción que supusiera una huella ecológica equivalente al planeta de que disponemos, en lugar de los tres que serían hoy necesarios en caso de homogeneizar el consumo occidental en todos los rincones del mundo, es técnicamente posible y además necesario para que la humanidad prosiga existiendo. No se trata de amor por los pajaritos, se trata de llegar a mañana. O a pasado mañana. Tan cerca y acaso tan lejos. Porque más allá de sus nietos, ¿a quién preocupa los que habrían de venir? Si no nos preocupa el vecino vivo, ¿cómo habría de preocuparnos el que está por nacer?

También una distribución más justa es posible e igualmente necesaria. Porque no es por casualidad que la crisis actual viniera precedida de una concentración de riqueza similar a la de 1928, cuando el 10% más rico, igual que en 2007, se apropiaba del 50% de la renta disponible. Es decir: ese 10% disponía de la capacidad para adquirir la mitad de la producción mundial de vehículos, electrodomésticos, ropa, fármacos, viviendas y alimentos; por descontado, una cantidad que no es posible consumir ni invertir como no fuera concediendo al resto de la población unos préstamos de devolución imposible. Peor aún: unos préstamos que, de devolverse, supondrían una ulterior disminución de la renta disponible de los deudores, una mayor concentración de riqueza de los acreedores y, por tanto, la necesidad de nuevos y mayores préstamos para que continuara siendo posible igualar la producción y el consumo. De ahí la necesidad de una distribución más equilibrada. No por amor a los pobres ni por justicia, virtudes tan encomiables como escasamente motivadoras de la acción humana, sino por simple requerimiento para que la economía funcione. Como el plan Marshall tras la segunda gran guerra no se fundaba en absoluto en el amor de los americanos por los alemanes, sino que era simple cálculo económico: o Alemania y Europa emergían o la propia América se hubiera hundido en la miseria.

Y, sin embargo, ni ese triste cálculo económico aparece hoy en el horizonte. Miopemente se acusa a los deudores y se señala a la deuda como problema, sin tener en cuenta el crédito y a los acreedores que la hicieron posible. Imaginemos que los primeros no se hubieran endeudado, ¿a dónde habría ido a parar el 50% de la producción mundial no consumida? ¿Qué colapso de la producción no habría habido? Acaso la respuesta la sepamos pronto, puesto que quienes culpan a la deuda y a los deudores, y proponen la austeridad como

receta, poco a poco van consiguiendo similares efectos: una contracción económica sin par y un nivel de desempleo astronómico. De hecho, el que los acreedores quisieran garantías para sus préstamos, y que las hipotecarias parecieran las más seguras, ya adelantó el colapso en forma de barrios fantasma, de viviendas sin más finalidad, acaso, que la de enterrar a su promotor y a su banquero como a un faraón en su pirámide.

Ante tamaño desatino, la cuestión no es tanto saber si el equilibrio económico y social son posibles y necesarios, como afirmaba recién, sino entender por qué no se dan. ¿Qué lo impide? ¿Qué habría que resolver para eliminar dichos impedimentos? A mi entender es ahí, en la búsqueda de los impedimentos y en su eliminación, donde habría que trabajar a fondo. Es decir, en entender más y mejor los obstáculos que el camino. A fin de cuentas, nadie sostiene que sea preferible la injusticia o el agotamiento del planeta. Nadie lo quiere y, sin embargo, parece que nos alejemos más de alcanzar el equilibrio cuanto más avanzamos.

El *homo oeconomicus*

El ser humano racional que describe la economía convencional no deja de ser ese rey del universo de todas las religiones, el elegido de todos los dioses por ser superior a cualquier otro ser vivo.

Por el contrario, imaginemos a ese ser humano como un animal limitado, enfermo que dirían algunos. E imaginemos el lenguaje verbal como prueba, no de su superioridad sino de su incapacidad para otras formas de comunicación más directas, telepáticas por ejemplo, como la que usa una bandada de pájaros para girar al unísono y anticipar y esquivar la lluvia o los tornados. A su lado, y aunque muy bello, el lenguaje humano es en puridad una inútil torre de babel. No solo no se entienden los humanos de uno u otro territorio, también los del mismo territorio requieren, para alcanzar a entenderse, conocer el mismo número de palabras y compartir los apriorismos que las aparejan.

Imaginemos al ser humano, pues, muy por debajo de como solemos verlo. Veámoslo formando parte de una colmena de insectos y comprobemos sorprendidos cómo colaboran para llevar alimento al nido y cómo luchan después para distribuírselo. De hecho, las muy largas cadenas de transacciones interindustriales actuales, con componentes de los más lejanos confines transportados a su lugar de ensamblaje y luego distribuidos a los distintos mercados, no deja de ser una inmensa muestra de colaboración. Al mismo tiempo, los precios de esas transacciones, y los del producto final y su reparto entre salarios y beneficios, no son sino una inmensa lucha por la distribución de ese producto. Colaboración y enfrentamiento. Dos características humanas a añadir a la falta de entendimiento o acaso sus hijas. Porque si no te entiendo, ¿cómo puedo fiarme de ti?

En todo caso, ese animal debilucho que es el humano requiere del otro para sobrevivir y al tiempo busca pagarle lo mínimo por esa ayuda y así maximizar su parte. Hay quien dirá que como las abejas: obreras y reinas. Pero también habrá quien resalte que ninguna abeja reina se suicida matando de hambre a sus obreras, y que eso hacen con frecuencia los humanos. Sea como fuere, esos atributos nos distinguen: colaboración, aunque sea a la fuerza, para extraer el mayor fruto del planeta y lucha, en ocasiones a muerte, por su distribución.

Y no solo lucha entre el patrón occidental que compra al asiático manufacturas textiles a muy bajo precio, presionando así a la baja los salarios de sus conciudadanos, sino también, y acaso sobre todo, del empresario asiático que, no contento con las plusvalías ingentes que le suponen pagar el salario medio a unos trabajadores de muy superior productividad que el promedio (gracias a la incorporación de tecnología industrial en un país aún agrario) no contento con eso aún añade los beneficios de no proveer unas condiciones laborales no ya dignas sino, al menos, capaces de asegurar sus vidas mientras trabajan.

Lucha, pues, entre occidentales y asiáticos y entre los propios conciudadanos occidentales y asiáticos. Aún más, lucha en casi cada casa, en la misma familia, donde macho y hembra colaboran para llevarla adelante al mismo tiempo que el macho somete, en general, a la hembra. Cubriéndola hasta los ojos en Oriente y encaminándola al cirujano estético en Occidente, y allí y aquí atribuyéndole el trabajo invisible en el PIB de las tareas domésticas. Más aún, de la reproducción y la cura de la propia especie.

Volvamos a la colmena. Veamos al insecto humano en su larga cadena de trabajo acumulando alimento sin descanso y peleándose entre congéneres por ver quién es el dueño de un grano que no alcanzará a consumir. ¿*Homo sapiens*? A nadie sorprendería que dicha especie se extinguiera. Más bien sorprende que tarde tanto en hacerlo. En cualquier caso, *sapiens* o no, ese proceder nos describe: trabajo en equipo para maximizar el fruto, lucha fratricida por quedarse con la mayor parte y una producción a costa de unos recursos finitos que además no se alcanza a consumir. Con esos mimbres hemos llegado hasta aquí. La cuestión es saber a dónde nos llevarán.

Ahorro y crecimiento

Hay aún otro rasgo humano de mayor trascendencia: el miedo. Un miedo acaso proporcionado a su debilidad relativa, si comparamos las capacidades humanas con las de la mayoría de animales, en general más fuertes, o más rápidos, o más camaleónicos, o mejor dotados de defensas ofensivas. En cualquier caso un miedo atroz, el humano, quizá incrementado por un registro teleológico que acaso no tengan otras bestias y que se evidencia en la

preocupación por el mañana. Ya sea en la tierra o al dejarla. Un miedo que a mi entender explica dioses y religiones, por descontento, y también el paso de la incierta recolección a la más segura agricultura. Y que explica que sea el ahorro, y no el consumo, el motor que exige un crecimiento económico sostenido incluso cuando se ha crecido tanto que no alcanzamos a consumir lo producido.

Aunque aparentemente paradójico, no es el consumo sino el ahorro el motor del crecimiento. No solo lo posibilita, también lo exige. Sin crecimiento, el ahorro deviene un oxímoron

De hecho, y como ya se ha dicho, es posible que el colapso se produzca antes por exceso de producción que por falta de recursos naturales. Exceso de producción no en tanto que superior a la necesaria, que es una magnitud ignota, sino a la consumida. Y no por falta de quien estuviera dispuesto a hacerlo, sino porque quien tiene los medios para hacerlo no lo hace, hartos como está de todo, y quienes lo harían no tienen los medios para hacerlo.

Pasa hoy y ha pasado anteriormente. Incluso se ha llevado por delante civilizaciones previas. Unos acumulan una riqueza que al cabo es siempre una montaña de bienes que otros, empobrecidos, no pueden adquirir. Ante el aumento de *stocks*, los empresarios reducen la producción y la ocupación, lo que supone una mayor falta de consumo que alienta la espiral descendente. Más aún cuando mentes preclaras como las que hoy gobiernan Europa añaden, a la falta de consumo, una austeridad suicida.

Porque el problema de Occidente no es hoy el exceso de consumo sino su contrario, el exceso de ahorro, por mucho que el consumo suela ser el acto humano más castigado en las diatribas ecologistas por culpable, en tanto que alentador, de un crecimiento imposible con los actuales parámetros de utilización de recursos naturales. Una culpabilidad difícil de soslayar habida cuenta del colosal nivel de consumo actual, si más no en Occidente. Y, sin embargo, las crisis postindustriales lo han sido por falta de consumo. Como prueba ahí están esos centenares de miles de viviendas sin comprador, es decir, sin un consumo equivalente; es decir, un exceso de ahorro malgastado. Aunque fuera alemán y no español el ahorro que financió esas viviendas. Eso no altera su naturaleza ni su equivocado destino.

Aunque aparentemente paradójico, no es el consumo sino el ahorro el motor del crecimiento. No solo lo posibilita, también lo exige. Sin crecimiento, el ahorro deviene un oxímoron. No solo no podrá ser remunerado, ni siquiera podrá ser devuelto. Si el grano que ahorraré este año no lo siembro, o aunque lo siembre no crece, no tendré modo de recuperarlo.

¿Y cómo no ha de sobrar ahorro, si la mitad de la renta va a manos de unos pocos? Y aún, entre los muchos que reciben el resto, ¿quién, superado el nivel de subsistencia, no mira de hacer ahorros? Incluso antes, ¿quién no fiaba a una buena prole su futuro, imaginando un crecimiento que haría posible la subsistencia de todos?

Los adalides del decrecimiento como vía para alargar la vida de los recursos finitos, posponiendo pero no evitando el colapso al que nos conduce su agotamiento, obvian la importancia del ahorro y niegan esa esperanza de garantía de un mejor futuro. Por eso será una moda efímera, porque nadie aceptará esa pérdida de esperanza. Muy al contrario, ante la menor crisis, mayor ahorro. Hoy mismo pasa: más paro que nunca y los depósitos bancarios creciendo. Y ante el menor consumo que supone ese mayor ahorro que no encuentra quien lo invierta, más paro. Y la sola forma de resolverlo, mayor consumo. A poder ser, público, con bienes de uso universalizado y a expensas de quienes tienen tanto y no lo consumen. De resultas aumentará también el consumo privado, el de los ahorradores mejor dispuestos a consumir, el de los parados que empiecen a recibir un salario y el de los empresarios que vean, por fin, como van reduciéndose sus inventarios.

Alejemos, pues, el cáliz del decrecimiento. Aciertan sus apóstoles al decir que no es necesario un mayor consumo, que ni siquiera es preciso tanto trabajo. Para sobrevivir bastaría con hacerlo quince horas a la semana, veinte a lo sumo. ¿Pero para garantizar un futuro incierto? Ese es el motor: estudiar desde niños para garantizar el futuro, ahorrar para una vivienda y después para una pensión digna. Consumir lo justo y empezar a ahorrar, ése es nuestro sino.

Más que por un decrecimiento impuesto o voluntario, un menor crecimiento será deseable y un menor ahorro habrá disponible si disminuye el temor al futuro y si la distribución de la renta es más justa, ambas cosas dependientes de un sector público potente y potentemente alimentado por quienes de más renta se apropian. Por eso el desmantelamiento actual de las pensiones públicas, porque atentarían contra el motor del crecimiento. Por eso hay que bajar los salarios, para evitar la tentación de trabajar menos. Como si el crecimiento por el crecimiento tuviera algún sentido y como si no fuera necesario consumir lo que se produce, incluso para seguir creciendo. ¿Qué insensata miopía ciega a nuestros próceres? ¿Y a quienes les siguen y les votan?

En todo caso, también las izquierdas deberán prometer crecimiento para no quedarse al margen. Prometer crecimiento y demostrar que es mayor y más estable cuanto mejor se distribuye el producto, puesto que eso evita crisis de demanda como la actual. Y una vez prometido, hacerlo posible, lo cual requiere hacerlo sostenible. Hacer posible una fiscalidad progresiva, que deberá ser global para evitar los paraísos fiscales, y hacer posible una ecología sensata, cosa que también requiere una política global.

Meritocracia y fiscalidad

Igualar la renta en origen, a base de hacer que reciba lo mismo quien más y quien menos trabaje, inevitablemente lleva a un ajuste a la baja que hace al territorio así regido un candidato seguro a declinar ante el mayor producto de un entorno meritocrático. Seguramente por eso declinó el bloque soviético.

Más eficiente parece la igualación posterior por la vía de una fiscalidad progresiva. Funcionó en la Europa de la guerra fría, cuando la amenaza soviética contenía el furor del capitalismo salvaje, y permitió un Estado de bienestar con los mayores niveles de equidad nunca vistos.

También las izquierdas deberán prometer crecimiento para no quedarse al margen y demostrar que es mayor y más estable cuanto mejor se distribuye el producto, puesto que eso evita crisis de demanda como la actual

En pro de un mayor crecimiento se desmontó el invento a base de privilegiar fiscalmente a los beneficios del capital como su supuesto origen y mejor destino. Como consecuencia, déficits públicos en todo el mundo y una deuda soberana que los mercados utilizan para imponer su ley. Y como solución, un desmontaje pieza a pieza del Estado del bienestar. Si los ricos no utilizan la sanidad ni la enseñanza pública, ¿por qué deberían pagarla?

El discurso social desaparece y el individualismo imagina que todo aquello que uno gana es mérito exclusivo suyo. Como si alguien, en una sociedad compleja e interrelacionada, donde el fruto que se obtiene es siempre el resultado de una miríada ingente de agentes que aquí y allí obtienen la energía y las materias primas, y aquí y allí las transforman y transportan, pudiera él solo obtenerlas al bajo precio que podrá comprarlas. Incluso suponiendo que es mérito suyo lo que gana ¿también lo es que pueda comprar tanto como pueda comprar si no viviera en una sociedad desarrollada a lo largo de la historia, con una productividad a años luz de la primigenia? En sociedad, el premio al mérito individual es siempre una función de los méritos colectivos. Siempre. Por eso es de justicia que lo pague. Más aún: por eso le saldrá a cuenta pagarlo, aunque su miopía le induzca a creer lo contrario.

Pero la miopía abunda. Y el egoísmo también. No tributará pues de buena gana. Ni siquiera lo hará si le es posible no hacerlo. Y para impedírselo hoy, donde la libertad de movimientos de mercancías y de capitales es casi absoluta, es necesaria una gobernanza global que no consienta paraísos fiscales y pueda hacer tributar a los beneficios del capital

donde quiera que éste se mueva. La tasa Tobin es un buen principio. Habrá que extenderla, aumentarla y ver cómo se distribuye después.

Sin una tributación adecuada del capital, los Estados devienen simples gestores del fondo de resistencia de los trabajadores. Así calculan y exigen una disminución del poder adquisitivo de las pensiones y una mayor vida laboral para tener acceso. Se capitaliza la aportación individual y se exime de contribuir al capital que ese mismo individuo ha hecho posible crecer. Los frutos de la sociedad de hoy nada le deben, son generación espontánea de la generación actual. Y sus hijos, herederos de su derrota, deberán cargar con su mochila: una mínima educación que haga funcionar las máquinas que con suerte podrán operar, la sanidad mínima para evitar que si enferma pueda contagiar al resto.

No es solo inmoral e injusto, también ineficiente. Porque una sociedad gana en eficiencia y es capaz de obtener un mayor producto cuanto más y mejor conocimiento dispone su población. Quien lo dude que imagine a esos muy ricos hacedores de webs sociales rodeados de analfabetos viviendo aislados y sin telecomunicaciones en una isla. Que imagine la fortuna que haría en ese entorno.

Coste mínimo

El *low cost* no es una moda reciente, más bien es eterna. No solo el ser humano busca el coste mínimo, también el resto de especies. Incluso el agua y el gas fluyen por donde menos cuesta.

Aunque con dudas afirmo que el abandono de toda recolección o extracción solamente se ha hecho cuando tener cura de la reproducción resultaba más económico. De hecho, no ha habido una revolución agraria que diera fin a la recolección. Esta ha persistido y persiste aún donde resulta más económico coleccionar que cultivar. E igual con la ganadería y la caza, y con la pesca y la piscicultura. No hubo una fecha que lo cambió todo. Es y ha sido un proceso. También con la energía: el aceite de las ballenas iluminaba nuestras calles hasta que fue más barato hacerlo con carbón, y después con gas, y después con electricidad de muy variadas fuentes.

El coste mínimo manda. Por eso es importante que los precios reflejen los costes. Y por eso externalizarlos, ya sea en sus fuentes o en sus sumideros, es un total disparate. Por eso la decisión de abandonar la lucha climática en pro de la economía, en realidad deviene un suicidio económico. Porque dicho cambio climático "ignorado" es una inaceptable externalización de costes que impide que el sistema de precios privilegie lo más económico.

Seguramente tenerlo en cuenta no bastaría pero aceleraría el desarrollo de energías alternativas. También haría aumentar el PIB, a fin de cuentas un sumatorio de los costes de lo que producimos y podemos distribuirnos. Una paradoja más: pretendemos minimizar los costes y al mismo tiempo hacer máximo su sumatorio. Aunque habrá quien diga que lo que pretendemos es maximizar el producto y minimizar sus costes unitarios. Pero entonces, ¿por qué se quema la fruta cuando hay mucha y su coste es mínimo?

Si un litro de petróleo equivale a la energía de una hora de diez humanos, ¿sustituyámosla! Menos paro y mayor PIB. Y en realidad más barato si tenemos en cuenta el verdadero coste de “producir” petróleo. De hecho, un coste infinito a escala humana, aunque hagamos trampas al solitario y no lo restemos al PIB.

Y no lo hacemos porque el propio lenguaje nos confunde. Así decimos que el petróleo vale tanto y el agua cuanto, cuando de hecho los precios solo recogen el esfuerzo humano, directo e incorporado en máquinas, y la plusvalía que añade o se queda el empresario. Solo en los bienes auto reproducibles, o en los producidos mediante otras mercaderías, incluimos el coste de reponer u obtener los inputs, es decir, el trabajo directo e incorporado en la obtención de dichos inputs. Pero nunca, jamás incluimos el coste, el valor o el precio de aquello que recolectamos o extraemos. Al cabo, el planeta no nos pide nada a cambio. Si más no, no explícitamente. Tampoco podríamos valorarlo. El precio, el valor o el coste de los recursos finitos es, por eso mismo, infinito. Una aproximación acaso más baja requeriría enfrentar el stock disponible con la demanda actual y la venidera; o acaso actualizar la renta que permiten, contabilizada en recursos reproducibles.

Pero insisto, el coste mínimo manda. Es, casi, una derivada social de la entropía universal: todo tendiendo al menor consumo energético posible. Pero una derivada donde escamoteamos los datos principales de la función. Pongámoslos, ni que sea aproximados, y veamos qué resulta. Se requerirá más trabajo para obtener los mismos bienes, cierto, pero qué importa: hoy sobran bienes y falta trabajo. No se trata de volver a las cavernas, se trata de evitar que tengamos que volver por fuerza.

Máxima productividad

Decir que el precio manda equivale a decir que manda la máxima productividad, es decir, el mayor cociente entre outputs e inputs, que equivale a decir la máxima combinación posible de salarios y beneficios. La supuesta ley de la productividad marginal decreciente es, de existir, una amenaza que el humano evita como el gato el agua. La máxima productividad selecciona los procesos que sobreviven y la intensidad de su uso, y, por tanto, la ocupación que requieren. Y en la medida que dicha máxima es dinámica y crece conforme lo

hace la ciencia y la tecnología, así ha de crecer la economía para absorber la fuerza de trabajo existente.

Como el ahorro, el incremento de productividad permite y exige el crecimiento económico. O en todo caso, lo exige si la alternativa de menor trabajo se rechaza. Y en eso estamos, en lugar de reduciéndolo, retrasando la edad de jubilación y proponiendo a los griegos la semana de seis días laborales.

La excusa es ahora y aquí la amenaza amarilla, es decir, la emergencia de Asia, África y Latinoamérica. Para algunos, esa emergencia pone fin a una excepción histórica, la del Estado del Bienestar, para volver al orden normal, en el sentido estadístico del término; es decir: para volver a plutocracias más o menos autoritarias donde una minoría vive en la abundancia y una mayoría apenas sobrevive. Se apela incluso a una necesaria solidaridad, vía homogeneización de sus condiciones laborales, de los trabajadores occidentales respecto al resto.

Discurso interesado y falso. Uno más. Porque, ciertamente, la emergencia del tercer mundo aumenta la presión sobre los recursos naturales, sus fuentes y sus sumideros, y exige acelerar el proceso de cambio; pero en absoluto supone una amenaza para los trabajadores occidentales.

Las distintas monedas pueden aislar temporalmente a un territorio y consentir así la coexistencia de zonas con productividades diversas. Incluso permiten que productos de territorios de menor productividad absoluta, pero superior en su territorio en comparación con otros, puedan ser exportados y atraigan un flujo de divisas que permitirá un mayor desarrollo a dicho territorio.

¿Supone eso una amenaza para los estándares laborales y salariales occidentales?

Recurramos a Sraffa y a su fórmula magistral: $r = R(1-W)$, donde “r” representa el tipo de beneficio o tasa de ganancia, “R” la productividad del sistema y “W” el porcentaje de renta nacional atribuida a los trabajadores. Con libertad de movimientos, los capitales se irán hacia allí donde “r” sea máximo, que no se da donde los salarios (W) son mínimos sino donde es máxima la productividad no distribuida entre los trabajadores $R(1-W)$. Por tanto, ciertamente será más atractivo para el capital un territorio donde crezca R sin hacerlo W, y ciertamente la presión a la baja o al alza de W en un territorio presionará sobre los otros, pero el factor decisivo será siempre R. Decisivo en tanto que, inevitablemente, al crecer hará crecer W también.

Los salarios chinos son bajos en dólares, no en yuanes, y dejarán de serlo a medida que la renta per cápita china aumente. Y en caso contrario no serán los bajos salarios los que

atraerán capital y actividad, en base a una supuesta mayor competitividad, sino los inmensos beneficios que allí se consientan. Que no es lo mismo, aunque se parezca.

Así pues, el trabajador asiático o africano no es en absoluto un problema y su propia presión sindical ayudaría a los de todos los países. El verdadero problema es una acumulación de beneficios justificada por un supuesto crecimiento que en realidad impiden. Ya lo hemos visto. Demasiado es siempre tan malo como demasiado poco. Un exceso de ahorro, una concentración de riqueza que inevitablemente supone falta de demanda agregada, solo conduce a la depresión. Directamente o pasando a través de cualquier burbuja financiera especulativa con la que se pretenda crear una demanda artificial con que ocultar la falta de demanda real.

**Un futuro alternativo solo es posible
si se equilibran los flujos con el planeta y entre los humanos,
con una gobernanza mundial proporcionada
a los retos que enfrentamos**

Salarios y beneficios

La singular lectura de los riesgos de la emergencia del tercer mundo entronca con la no menos singular identificación de los salarios como coste, cuya reducción iría pareja, mientras que los beneficios empresariales, componente complementario de los salarios en el desglose del precio, se identifican como meritoria virtud de los empresarios.

Dicha lectura, interesada y errónea, se propaga incluso entre los trabajadores, mirando que acepten de mejor grado una rebaja salarial que supone, de no repercutirse en los precios, simple y llanamente un aumento de los beneficios, sin mejora ninguna de la supuesta competitividad que se dice perseguir; y que si se repercute en los precios supone un puro ajuste nominal, sin reducción real de los salarios, que en todo caso mejora la competitividad exclusivamente frente a aquellos empresarios que no hayan conseguido bajar los salarios de sus trabajadores.

Porque los salarios, como los beneficios, no son coste sino distribución del producto entre trabajadores y empresarios. El coste es el trabajo directo e incorporado en máquinas que se necesita para la obtención de dicho producto, independientemente de cómo se distribuya éste entre lo que aportan unos y otros.

La literatura económica convencional, aún basada en unos rendimientos decrecientes con los que ninguna empresa real trabaja, infieren una bajada inmediata de precios al bajar

los salarios, al tiempo que explica que ningún empresario bajará los precios si con ello no aumenta los beneficios; es decir, si no se enfrenta a una demanda elástica que, de bajar los precios, absorberá sus productos en mayor proporción. Pero si ésta es la situación, la aprovechará igualmente sin necesidad de bajar salarios. ¿Qué cambia? En todo caso, la bajada de salarios supondrá una caída de la demanda a la que el empresario responderá reduciendo la oferta, si no puede compensarla con demanda exterior, pero no bajando los precios. A lo sumo bajará los de los inventarios.

La tan traída correlación de salarios y competitividad, o no existe o es muy débil. Por eso vemos hoy en España bajar los salarios y no los precios, o los vimos bajar en términos reales durante la burbuja, mientras perdíamos competitividad precio a raudales, y por eso vemos bajar salarios en toda Europa sin ganar un ápice de competitividad respecto a la China. Lo único que en uno y otro caso vemos es el aumento de los beneficios.

Por eso la amenaza china, y la necesidad de bajar salarios para hacerle frente, no es más que un cuento chino, que es como de niño nombrábamos eufemísticamente a las mentiras.

Recapitulando

Acaso como nunca antes se vislumbran hoy los límites del modelo socioeconómico imperante, capitalista en la mayor parte del planeta. Por el lado de la producción, los recursos naturales que han alimentado los motores del crecimiento van mostrando la señal de reserva. Y por el lado de la distribución, la concentración de la riqueza en pocas manos supone la creación de burbujas que al estallar provocan paro y pobreza para una buena parte de la población.

Nada muy sorprendente tratándose de una especie animal caracterizada por el ansia de crecimiento, por la cooperación para producir cuanto más mejor y por la competencia feroz por la distribución del producto. Es decir, una especie que casi exclusivamente está de acuerdo en una cosa: en cómo arrancar al planeta más recursos y más pronto.

Nada sorprendente aunque inaceptable, puesto que aceptarlo supone un camino cierto al abismo. Empecemos, pues, no aceptándolo. Imaginando un futuro alternativo. Un futuro que solo es posible equilibrando los flujos con el planeta y entre los humanos. Y, por tanto, un futuro que solo es posible con una gobernanza mundial proporcionada a los retos que enfrentamos. Una gobernanza global, puesto que el planeta no entiende de fronteras y la contaminación las traspasa todas; como también las traspasan los capitales, fluyendo de un país a otro, produciendo aquí y allí, vendiendo en todas partes y no tributando en ninguna.

Una gobernanza global que al cabo no tendría más que esa misión: controlar los flujos de intercambio con el planeta, con un sistema de precios que favoreciera el equilibrio, y equilibrar vía impuestos los flujos entre las personas mediante una tributación global del capital.

Renunciar a dicha gobernanza, y fiar la resolución del futuro al libre mercado y a la competencia, es, a buen seguro, la vía más rápida al colapso.